

LA CONFUSION DE MILL*

Friedrich A. Hayek

Pero ahora debería volver al fondo del problema, la fuente de la confusión intelectual que, particularmente en Gran Bretaña, ha tenido mucho más responsabilidad que las diferencias morales en transformar tanto a la izquierda como a la derecha en concepciones socialistas acerca de las funciones del gobierno.

No conozco mejor manera de analizar las fuentes intelectuales de la redistribución como meta de una política que examinar el razonamiento de John Stuart Mill en su libro Principios de economía política –cuya influencia queda demostrada por el hecho de que en algunas partes del mundo aún se lo usaba como texto universitario cien años después de su publicación en 1848–. Mill no sólo fue un hombre muy influyente, cuya reputación como defensor de la libertad intelectual le permitió introducir subrepticamente ideas socialistas en la economía. En su caso también resulta particularmente sencillo demostrar que fue una falsa economía la que lo llevó a sus conclusiones. De hecho, sus aseveraciones explícitas –si bien pueden entenderse a la luz de sus antecedentes– son realmente de una inocencia intelectual casi increíble, y revelan su incomprensión del problema central de la teoría económica; principalmente, los factores que determinan qué bienes han de producirse, y los medios a emplear. Mill sostuvo que “las leyes y condiciones de la producción de la riqueza participan de la naturaleza de las verdades físicas [...]. El caso de la Distribución de la Riqueza es diferente. Este problema concierne sólo a las instituciones humanas. Una vez que las cosas existen, la humanidad, individual y colectivamente, puede disponer de ellas como guste. Puede ponerlas a disposición de quien le plazca y con cualquier condición”. (POPE II, I, i). Y, para enfatizar este concepto, posteriormente agregó: “De las dos grandes áreas de la Economía Política –la producción de la riqueza y su distribución–, la consideración acerca de los valores está relacionada sólo con la segunda” (III, I, i). En otras palabras, las personas sabrían qué, cómo y cuánto de cada cosa producir sin que los precios de mercado se lo indicaran.

Antes de profundizar sobre este aserto sorprendente de que podemos explicar la producción sin examinar qué determina su dirección y método, cabe incluir unas palabras sobre el rumbo que dio a Mill esta doctrina. Si se produjera un bien, prescindiendo del factor indicador de los precios (indicador, entre otras cosas, de la división y coordinación del trabajo), resulta evidente que la decisión sobre a quién le correspondería dependería exclusivamente de los propietarios de ese bien cuya existencia estaría dada como un hecho. Tal situación plantea el problema, no del modo como se determinan las contribuciones proporcionales de

* Tomado de la Tercera Parte, capítulo IX, de la obra inédita de F. A. Hayek *The Fatal Conceit*. Publicado con autorización del editor, W. W. Bartley (Hoover Institution, Stanford University).

los diferentes participantes del proceso, sino de la manera en que la voluntad humana debería distribuir el total. Y aquí sí nos encontramos frente a un problema moral, que deja irresuelto a quién corresponde la obligación moral de disponer esa distribución. Pero, parecería que Mill aún estaba al menos levemente consciente de la concepción clásica de la justicia distributiva, que, al igual que el resto de las normas morales, sólo era válida para las acciones de las personas a quienes esas normas morales aceptadas otorgaban el control sobre bienes específicos; por lo cual, aparentemente inventó, o por lo menos impuso, una nueva concepción de la “Justicia social”, dando a entender que “la sociedad” (es típico de él vacilar al tener que decir “el gobierno” abiertamente) debería decidir de qué manera habrían de repartirse estos recursos.

Ignoro qué habría dicho Mill si hubiera advertido que esta riqueza existía sólo en virtud de que las diferentes remuneraciones brindaban a las personas con diferentes aptitudes y oportunidades los medios para señalar a los demás cómo adecuar sus esfuerzos (así como el uso de los recursos a su disposición) a un esquema complejo que nadie podría evaluar ni determinar con exactitud. Este orden precisamente no existiría si no fuera por un sistema de ofertas diferenciales que en nada estuviera relacionado con la justicia, ni pudiera ser determinado por sus consideraciones. ¿Qué sentido tendría la justicia si nuestro aparente dominio de la riqueza no se fundamentara en lo que los demás piensan que una persona merecería o debería hacer, sino en un proceso de evolución que nadie podría haber dirigido, que pone distintas oportunidades, menores o mayores, al alcance de cada uno, muchas de las cuales cada persona puede aprovechar en beneficio propio, únicamente porque los demás, a quienes él desconoce, saben de la existencia de otros hechos que también le son desconocidos y que hacen que los demás valoren sus actividades?

No sin razón John Stuart Mill fue llamado “el santo del racionalismo”. En verdad lo fue. En su obra encontramos muchas raíces de las ideas suicidas del racionalismo o constructivismo acerca de cómo podría organizarse la sociedad. Sin embargo, esta confusión sobre los hechos que, desde Mill, ha guiado los esfuerzos de muchas personas de buena voluntad, y que también ha guiado la política, está inspirada en una imagen falsa del modo en que funciona un orden económico basado en la división internacional del trabajo. De la confusión de Mill, y de los desaciertos similares de Karl Marx –de los errores conceptuales de los supuestos defensores de la libertad que proclamaban un nuevo postulado moral que exigía la abolición total de la libertad individual–, deriva la Confusión de la Transición. El ideal de la “Justicia social” gradualmente relegó al ideal de la libertad a un segundo lugar. Pero estos dos conceptos son incompatibles. Si uno acepta el principio de la “justicia social” no puede defender la economía de mercado que proporciona esos mismos bienes que la “justicia social” querría distribuir.

No puede existir un sistema de transición estable entre la “justicia social” y la libertad individual. Pero, como resulta imposible que la promesa de la

“Justicia social” satisfaga a todos, y como tampoco puede serle negada a unos pocos una vez que le ha sido concedida a algunos, no cabe duda acerca de cuál debe ser nuestra opción si en verdad queremos ayudar a los pobres.

Debemos el nivel de producción –que en la actualidad mantiene a una población humana cuatrocientas o quinientas veces superior a la que el hombre podría haber alcanzado en su etapa “natural”, cuando vivía de la caza y la recolección– únicamente a la división del trabajo, las aptitudes y el conocimiento, que no podríamos haber diseñado ni planificado; por lo contrario, surgieron, y hoy se conservan, gracias a la función indicadora de los precios y salarios competitivos de mercado, que señalan a cada persona hacia dónde dirigir sus esfuerzos para maximizar su contribución al total. Estas señales, que se generan en forma espontánea y que indirectamente informan a los individuos sobre los efectos combinados de miles de hechos que no podrían conocer en forma directa, hacen que los esfuerzos individuales se adapten a lo desconocido. Ninguna dirección central podría lograr esto. Los hechos cuyo conocimiento se propaga entre miles y que el mercado incorpora con facilidad no pueden ser conocidos por autoridad central alguna. Por lo tanto resulta evidente la imposibilidad de mejorar las señales cuando uno desconoce los factores que las determinan. Nuestra riqueza, que la “justicia social” querría distribuir como recompensa al mérito y la necesidad, debe su existencia, entonces, a esa dirección de los esfuerzos individuales guiados por las opciones entre los distintos rendimientos que dependen, en gran medida, de circunstancias temporales y espaciales accidentales, y que se ven afectadas, aunque no determinadas en forma decisiva, por lo que el individuo puede saber o hacer. Por lo tanto, la riqueza que los defensores de la “justicia social” quieren redistribuir no existiría si la “Justicia social” de hecho prevaleciera. La “Justicia social” es un engaño; es la promesa de distribuir lo que no tendríamos si escucháramos su llamado. Nuestra riqueza no existiría o desaparecería rápidamente si sustituyéramos el ordenamiento según los principios del mercado por algún otro ordenamiento que diera a cada uno lo que él mismo creyera merecer. La “justicia social” es el peor producto conocido de la demagogia democrática. Ésta es la razón por la cual no puede concebirse un sistema de transición estable entre una economía de mercado y el socialismo, y por la cual si uno ofrece una mano a los socialistas, se tomarán el codo. Una vez que se conceden privilegios invocando la “justicia social” no hay límite que pueda defenderse políticamente. A lo sumo, una democracia podrá restringir esos privilegios a la mayoría, al tiempo que se los niega a una minoría.

Un sistema de transición implica la más absoluta confusión, la concesión típica del político que carece de una filosofía moral (a la que él despectivamente denomina ideología) y en virtud de tal carencia es conducido a una política que termina por “apenas salir del paso” y “aceptar los hechos de la vida”.

Al haber permitido esa transición, el Partido Conservador es responsable, en gran medida, de la decadencia de Gran Bretaña, un período en el que

prevaleció lo que se conoce con el nombre de “Butskelismo”. Espero que no me consideren irrespetuoso de la Gran Figura del partido y de quienes sucedieron a Churchill como sus representantes principales. Tengan a bien recordar que Harold Macmillan era apenas mayor que yo, y que fue contra él que arrojé mis primeros dardos hace más de cuarenta años; que conocí a Gaitskell cuando él era ayudante en la Universidad y lo induje a ir a Viena con la esperanza de que aprendiera un poco de economía en serio; a la vez que, por desgracia, no tuve esa oportunidad con R. A. Butler, quien no era mucho mayor que yo, y con quien, tal vez, hubiera tenido más éxito. De todos modos, creo que el Partido Conservador no podrá aprovechar esta última oportunidad de sacar a Gran Bretaña del pantano a menos que se disocie por completo de este lamentable período de confusión de su historia.